

Siempre he vivido en la misma ciudad, llena de imperfecciones y cosas que de vez en cuando se ven más bonitas. Me sentía atrapada como muchos otros, en este sitio, donde sientes que nunca vas a ninguna parte, donde la rutina es el pan de cada día y los incidentes son más comunes que ciertas alegrías.

Todos los días repetía las mismas distancias, los mismos árboles, las mismas banquetas. Al menos eso creía.

A veces sentía la necesidad de estar lejos, quizá eran ganas de huir, escapar de las muchas cosas que no me gustaban, las injusticias, quizás. Como muchos otros, iba por el mundo ignorando muchas cosas importantes. Un día, sin más, lo descubrí. Fue justo después de que escuché a una señora mayor decir “¡Muchas gracias! Eres muy amable”. Recuerdo que lo único que hice fue darle la mano para ayudarla a bajar del autobús, sin embargo, por su sonrisa y rostro de alivio, fueron como si la hubiera rescatado de un peligro mayor. Entonces, comencé a darme cuenta. La siguiente ocasión, fue ceder mi asiento a un hombre que cargaba a su bebé en brazos cuando el transporte iba realmente lleno.

Se sentía bien, comencé a notar lo que antes no veía; la ciudad ya no era pequeña, sino gigante, llena de oportunidades de ayudar a otros. Las sorpresas siguieron llegando. De camino a la escuela, en tiempo de lluvias y enormes charcos, algún valiente se sacrificaba para simular puentes con piedras y maderas que conseguía en el camino. ¿Por qué lo hacía? ¿Quién era esta persona? Supe que jamás lo sabría. Otras veces, caminando por el parque, una señora iba alrededor repartiendo alimento a las mascotas de la ciudad, de las que casi nadie se acuerda. Casi nadie, pero ella sí. También recuerdo aquel chófer del transporte público, que terminando un viaje, me compró una botella de refresco para que no me quedara dormida. Entonces comencé a ver detalles cada vez más pequeños; por ejemplo, las veces que intenté cruzar las calles con prisa y los conductores se detuvieron para dejarme pasar; la vecina que recogía las botellas de plástico para reciclaje y que además dejó de usar la manguera para lavar su auto. Comencé a ver sus rostros algunas veces y otras sólo me consolaba con saber que existían. Eran héroes, verdaderos héroes que hacían de la ciudad un lugar mejor, cada día mejor, con su ejemplo y pequeño sacrificio. Yo también quería formar parte de eso. Y lo mejor fue que ser uno era más sencillo de lo que pensaba. Cada vez que ayudaba a alguien con algo tan pequeño para mí pero tan importante para ellos, entendía que un héroe no se reconoce por su nombre, sino por sus acciones. A veces un simple “gracias” le daba más sentido a mi día que cualquier otra cosa que hubiera hecho.

Ahora, veo cómo cada día me ofrece una nueva oportunidad de ser un héroe, aunque nadie sepa mi nombre; como el de muchos otros que dejan su semilla y se van, se pierden entre las personas, entre sus rutinas, entre las sonrisas y los rostros tristes. Estos héroes, somos quiénes van a cambiar el mundo un día, somos quienes nos hemos adelantado a ver que las cosas pueden ser diferentes y somos quienes creemos que los súperpoderes son la fe y la convicción, con las que vamos a contagiar a las personas para que un día, todos seamos héroes anónimos.